

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA DE LA UNED
VICEDECANATO DE INVESTIGACIÓN Y DOCTORADO
SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN

UNED

Casi un siglo de Relaciones Internacionales como objeto de investigación específica en Ciencias Sociales y Jurídicas.

Un balance y algunas perspectivas

Relator: Prof. Dr. Carlos Echeverría Jesús

Ponente: Prof. Dra. Paloma García Picazo

Madrid, 22 de noviembre 2017 (10:00-12:00 horas)

Sala de Grados A - Facultad de Derecho-Ciencias Políticas y Sociología

**Todos los derechos reservados: para citar legalmente este PPT váyase al final de la
presentación**

Esta presentación está basada en Paloma García Picazo, *Teoría breve de relaciones internacionales ¿Una anatomía del mundo?*, Madrid, Tecnos, 2017, 5ª ed. revisada y ampliada, 408 págs.

José Ortega y Gasset, “Las dos grandes metáforas (en el segundo centenario del nacimiento de Kant)” [1924], *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, tomo II, 1957, pp.387-400. Acceso: <http://www.enfocarte.com/1.11/filosofia.html> (07/11/2017)

“Pasa con esta fobia a la metáfora científica como con las llamadas ‘cuestiones de palabra’. Cuanto más liviano es un intelecto, mayor propensión muestra a calificar las discusiones de meras disputas verbales. Y, sin embargo, nada es más raro que una auténtica disputa de palabras. En rigor, sólo quien se halle habituado a la ciencia gramatical es capaz de discutir sobre palabras. Para los demás, la palabra no es sólo un vocablo, sino una significación adjunta a él. *Cuando discutimos palabras nos es muy difícil no disputar sobre significaciones. Éstos son los tradicionales conceptos de que habla la vieja lógica. Y como el concepto, a su vez, no es sino la intención mental hacia una cosa, tendremos que las pretendidas disputas de palabras son, en verdad, querellas sobre cosas.* Acontece que, en ocasiones, la diferencia entre dos significaciones o conceptos - por tanto, entre dos cosas- es muy pequeña, y al hombre práctico o romo no le interesa. Entonces se venga del otro interlocutor, acusándole de logomaquia. Hay gente enferma de la vista a quien interesaría que todos los gatos fuesen pardos. Pero no faltarán nunca algunos hombres capaces de sentir la suprema fruición de las menudas diferencias entre los objetos; siempre habrá magníficos deportistas de la sutileza, y cuando queramos oír ideas interesantes acudiremos a ellos, a los disputadores de palabras.” (subrayado propio).

Bajo la rúbrica ‘Relaciones Internacionales’, materia académica que cobró forma institucional tras concluir la I Guerra Mundial en la universidad -con Aberystwyth y London School of Economics como sedes convencionalmente más citadas- como una reacción intelectual, ética y moral coherente ante la catástrofe, sin paliativos ni precedentes, que la terrible contienda atrajo a todos los órdenes de la vida política, social, económica, cultural y cotidiana de cientos de millones de personas en todo el planeta, se conjugan diversas dimensiones y perspectivas de estudio, trabajo e investigación. Una de ellas es la denominada ‘Teoría de las Relaciones Internacionales’ (*International Relations Theory*), llamada también a menudo ‘Teoría Internacional’ (*International Theory*).

Como cualquier otra Ciencia Social o Jurídica, la formalización epistemo-metodológica de esta materia llamada a veces también ‘Política Internacional’ -aspecto con connotaciones que trascienden la semántica- ha estado sujeta a una evolución histórica evidente, ligada, por un lado, a intensos debates doctrinales internos entre sus cultivadores –que algunos denominan ‘paradigmas’, en adaptación no siempre acertada de la seminal aportación de Thomas S. Kuhn (*The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, 1962)-, y, por otro, a las presiones ideológicas, políticas, económicas, sociales y culturales de un entorno constituido tanto por los individuos y grupos ejercientes del poder efectivo en la esfera internacional, como por el propio curso de los acontecimientos que, es obvio, acaecen en ese mismo medio o entorno ‘internacional’, este último adjetivo sujeto, por lo demás, a significativas disquisiciones que trascienden, de nuevo, el nominalismo.

A partir de las anteriores sugerencias –que apenas dan cuenta del complejo fondo del debate doctrinal subyacente- el objetivo de este Seminario consiste en presentar un balance de las diversas tendencias y modalidades que la evolución teórica de las ‘Relaciones Internacionales’ ha seguido desde 1918-1919 hasta hoy. En sí, representa una síntesis de diversas investigaciones desarrolladas por la ponente durante un par de décadas, plasmadas en diversas obras, estudios y trabajos.

De ellos, menciona la última publicación: *Teoría breve de relaciones internacionales ¿Una anatomía del mundo?*, Madrid, Tecnos, 2017, 5ª ed. revisada y ampliada, 408 págs. ISBN 978-84-309-7211-1. Con todo, quede claro que ésta es una mera referencia actual, pudiendo rastrearse el curso de otras indagaciones y reflexiones elaboradas por la ponente desde el propio origen de su paso por la universidad.

El formato de la disertación sigue las disposiciones de la Facultad: una exposición sintetizada que virtualmente plantee una selección de cuestiones consideradas más relevantes y eventualmente novedosas –esto como mera conjetura, dado que las cuestiones teóricas principales de las Relaciones Internacionales son tozudas-, seguida de un debate con los/as asistentes que generosamente asistan a un acto precedido por la intervención de un Relator, el Prof. Echeverría Jesús, destacado especialista en estudios internacionales. El sumario de cuestiones que inicialmente plantea la disertación gira en torno a lo siguiente:

- Génesis y evolución de la materia como disciplina académica, a su vez, objeto de investigación especializada, vinculada con unas referencias históricas destinadas a su contextualización.
- Relación entre ‘ideología-axiología’ y ‘construcción teórica’ *sensu stricto*, acompañada/seguida de un esfuerzo de elucidación epistemo-metodológica congruente, emprendido de manera sistemática desde 1979, con algún precedente anterior, por lo general, fallido.
- Algunos conceptos fundamentales y su repercusión tanto en la teoría como en la práctica de las relaciones internacionales, ligados a la posición de la materia como ‘disciplina autónoma’ entre las Ciencias Sociales y Jurídicas: virtualidades de un estatuto científico ¿ambicionado, deseable, disputado?

Desde 1919 hasta hoy, con el curso de los debates y el paso de los años, en las ‘Relaciones Internacionales’ se han ido elaborando, definiendo, construyendo... diversas series de conceptos, argumentaciones, reflexiones, ‘relatos’, ‘narrativas’, ‘construcciones’... acerca del contenido *real* de una materia investigable de modo objetivo, *ergo*, científicamente sustantiva, que algunos enfatizan como ‘teorías’ y otros, más críticos, rebajan a ‘géneros teóricos’, toda vez que, como sucede en cualquiera de las Ciencias Sociales o Jurídicas, el asunto atañe al fondo epistemo-metodológico de una ‘disciplina’ que reclamaría un estatuto propio en calidad de ‘ciencia autónoma’, una de las cuestiones más disputadas por parte de unos especialistas enfrentados desde diversas perspectivas. Varios de estos ‘conceptos’ y ‘construcciones’ o ‘géneros teóricos’ han sido objeto, en su caso, de intensa crítica y reflexión. No han faltado los enfoques proyectados desde el positivismo ‘ingenuo’ (*‘baby logic’*: Alan F. Chalmers, *What Is This Thing Called Science?*, 1976), el neo-positivismo lógico, el estructuralismo, la propia ‘historia conceptual’ (*Begriffsgeschichte*)...

Para complicar las cosas, vulgarizados y desfigurados a menudo, bastantes de estos ‘conceptos’ y ‘construcciones’ o ‘géneros teóricos’ han traspasado los límites del marco académico, yendo a integrarse en el acervo lingüístico coloquial corriente, es decir, el de la gente común, habitualmente cual reflejo parcial del contenido cotidiano de los medios de comunicación que masivamente informan al público acerca de la situación del ‘mundo’, retratada unas veces de manera objetiva, de acuerdo con la exigente deontología de los periodistas y demás profesionales afines, y, otras, de forma sesgada, manipulada, confusa, inexacta... según un amplio repertorio de posibilidades de construir, a su vez, el ‘relato del mundo’ con arreglo a otras directrices subjetivas (ideología, propaganda, etc.), cuya principal caja de resonancia actual es la hoy denominada ‘sociedad de la información’, ‘de la comunicación’ o ‘del conocimiento’... según los casos.

Tal condición repercute en el fenómeno de que una significativa cantidad de las personas alfabetizadas del mundo, convertidas en ‘receptoras’ -pasivas o activas- y, en todo caso, ‘consumidoras’ de la producción escrita y audio-visual de los antedichos medios masivos (Jürgen Habermas y Max Horkheimer lo señalaron tempranamente), propiedad, a su vez, en su gran mayoría, de grandes corporaciones y consorcios transnacionales, esté habituada a tratar los ‘asuntos internacionales’ como parte corriente de su vida diaria. La ‘sociedad de la información/comunicación/conocimiento’ lo incentiva, prestando al fenómeno un alcance superior. De este modo, una especie de ‘mayoría sociológica’ de la población mundial se siente ‘informada’ sobre las Relaciones Internacionales –coloquialmente: ‘lo que ocurre en el extranjero’-, e incluso cree que las conoce bien y que dispone efectivamente de una opinión bien fundada al respecto (Ulf Hannerz, Armand Mattelart, Jean Baudrillard, entre otros).

Por otro lado, desde su propia creación, el cine y la televisión han dedicado un notable esfuerzo a construir ‘relatos’ que versan sobre asuntos específicamente ‘internacionales’, cuya hermenéutica trasciende al mero espectáculo o al entretenimiento pues contribuye en una abrumadora cantidad de ocasiones –ya desde los propios inicios de la propaganda política audio-visual a comienzos del siglo XX- a la fijación, elaboración y consolidación de determinados conceptos, percepciones, formas de actuación, valores, ideologías... relacionadas con la esfera internacional, por no hablar de arraigados estereotipos y prejuicios (Theodor W. Adorno *et al.*, 1950).

En paralelo discurre lo que, en sí, es la ‘Teoría Internacional/Teoría de las Relaciones Internacionales’, una labor de especialistas que se desarrolla entre la amplia variedad de modalidades académicas que adoptan las ‘Relaciones Internacionales/Política Internacional’ según las variantes de sus líneas académicas de trabajo particulares: desde la investigación acerca de las organizaciones e instituciones internacionales *sensu stricto* hasta la economía y las finanzas, pasando por las cuestiones de seguridad, defensa y estrategia, a su vez, vinculadas a las de la violencia, tensiones y conflictos internacionales; la política exterior entre Estados y organizaciones internacionales; el papel y función de los Estados y su evolución histórica actual en el medio internacional; la eventual formación y funciones de una hipotética ‘sociedad civil’ internacional/mundial/global; la fenomenología política, económica, social, cultural que atañe a los diversos continentes, regiones y subregiones mundiales, junto con la de los Estados, pueblos y naciones concretos, contemplados de forma conjunta; la historia diplomática; la historia política, tanto universal como particular desde la Antigüedad hasta el presente; la sociología de las Relaciones Internacionales, comprendiendo la demografía, las migraciones, el cambio social, el cambio cultural, los procesos civilizatorios, culturales, identitarios, comunicativos, etc.; los procesos de dominación (colonialismo, imperialismo, neo-colonialismo) y los de emancipación (descolonización), junto con la realidad post-colonial; el hecho religioso o el género y su influencia en el medio internacional, etc.

Es obvio que la ‘Teoría Internacional/Teoría de las Relaciones Internacionales’ se ocupa no ya sólo de ‘teorizar’ –o de intentarlo, al menos, según un método científico o no ideológico, subjetivo o arbitrario- sino de explorar, examinar, analizar, criticar, sistematizar, exponer, sintetizar, interpretar, explicar... los fundamentos teóricos o parte esencial y constitutiva de una materia que, por principio, debe articular sólidamente su armazón epistemológico y metodológico (metateoría) para afirmar con ‘certeza’ (Ludwig Wittgenstein, 1969) que cuenta con un estatuto científico homologable al de otras materias consolidadas, siquiera formalmente, como tales. Por su parte, esta imprescindible operación no habría sido acometida de modo concluyente tampoco –pese a la ingente cantidad de publicaciones y debates académicos justificativos de las distintas posiciones- por otras Ciencias Sociales y Jurídicas, incapaces de asumir –de nuevo, ‘querellas sobre cosas’ (*supra*)- que su respetabilísima tarea universitaria es susceptible de un exhaustivo examen analítico, crítico y reflexivo si es que aspira a pasar por verdadera ‘ciencia’.

La labor de los ‘teóricos internacionales’ se ha plasmado en una vasta y compleja producción intelectual desde 1919. Es más, existiría ‘Teoría Internacional’ desde el momento en que algún pensador, filósofo o tratadista competente hubiera acometido el análisis, la interpretación y la explicación de los diversos fenómenos que acompañan a la necesaria –por intrínseca sociabilidad humana- relación entre ‘comunidades políticas organizadas’ desde su propio origen, es decir, desde más o menos el paso de la Edad del Bronce a la del Hierro. Esta labor ha ocupado a los principales autores, de carácter universal o no sólo occidental u europeo, que han estudiado la índole específica de estas relaciones mutuas entre imperios, reinos, Estados, naciones, gentes, pueblos, etc., sujetos a denominación variable según su ubicación espacio-temporal respectiva y según su particular forma de organización política y social. Quizá el más significado de quienes sostienen esta perspectiva es Martin Wight (*International Theory: The Three Traditions* [1960], Leicester University Press for the Royal Institute of International Affairs, 1991).

Por tal motivo, hablar de ‘Teoría Internacional’ supone en gran medida hablar de ‘Teoría/Pensamiento/Filosofía’ político-jurídico internacional, con una determinación relativamente clara: estudiar el objeto científico que es el ‘mundo’ políticamente organizado en forma de una sociedad humana de extensión planetaria (*societas humani generis*) y, llegado el caso, extraer hipótesis y conclusiones plausibles que, eventualmente, *sirvan para establecer en ella un funcionamiento adecuado para algo más que la supervivencia*, siendo su peor deriva aquélla que conduce a que la humanidad, durante milenios, haya vivido, como sistema perpetuado y de forma indefectible, entre guerras perennes y paces precarias. En sentido aristotélico, se trataría de indagar teóricamente sobre la posibilidad y las condiciones de una ‘vida buena y justa en la *pólis* global’ (Mark A. Neufeld, 1995).

A partir de ahí, la fecha de ‘1918-1919’ no es en modo alguno trivial.

Surgidas como reacción intelectual, ética, moral e incluso pragmática frente a una guerra entonces sin precedentes, las Relaciones Internacionales giran perpetuamente en torno a ese eje, articulándose desde su inicio como un intento de arbitrar medidas para instituir una pacificación general y efectiva de los asuntos internacionales, justo en unos momentos como aquéllos en los que el imperialismo; el belicismo; los nacionalismos irredentos; la diplomacia secreta; las revoluciones industriales, científicas y tecnológicas; la explosión demográfica; la irrupción del fenómeno de las 'masas'; el ascenso de diversas formas de totalitarismo... marcaban la pauta de un acontecer mundial profundamente convulso, cuyos órdenes convencionales –de todo tipo- se habían visto socavados, subvertidos y mutados tanto por efecto de la propia guerra como por los demás procesos de enorme envergadura e incalculables consecuencias que, por entonces, se empezaron a manifestar como factores de crucial transformación universal. Por ejemplo, elementos secularmente 'excluidos' del poder o la representación política, social, económica y cultural –mujeres; pueblos no occidentales; clases, sectores o grupos oprimidos...- comenzaron a ocupar un lugar creciente en el horizonte real de la existencia, reclamando presencia, espacio, discurso... en el escenario internacional.

Cuestión esencial sería el método para lograrlo, precedido en el terreno de la pacificación mundial ya no sólo del ‘epifenómeno’ de las Conferencias de Paz de la Haya (1899 y 1907), sino seguido de unas medidas organizativas estables e institucionalizadas, adoptadas y seguidas por los que entonces eran los sujetos políticos y jurídicos principales de las Relaciones Internacionales, los Estados, a fin de establecer lo que, desde entonces, ha pasado a designarse con el tópico recurrente del ‘orden mundial’, cuando hasta hacía poco sólo se hablaba del ‘concierto de las potencias’ y similares.

Todo ello cuando la mayor parte del planeta carecía de ‘Estados’ *sensu stricto*, reconocidos formal y materialmente como tales, viviendo la mayor parte de la humanidad en regímenes ajenos a la concepción occidental de los mismos, sin que las nociones de ‘democracia’ o ‘derechos humanos’ formasen apenas parte del acervo común de las nociones o percepciones corrientes, ni en Occidente ni fuera de él.

Las primeras teorizaciones sobre las Relaciones Internacionales fueron claramente un fruto del trauma bélico de 1914-1918. Quienes las emprendieron poseyeron en lo básico una formación clásica en derecho y en historia, sumándose a ellos otros autores –científicos naturales, economistas, psiquiatras, escritores, periodistas, humanistas, artistas, etc.- que, más o menos integrados en el Comité Internacional de Cooperación Intelectual (1922) auspiciado por la Sociedad de Naciones recién creada, elaboraron un conjunto de propuestas, proyectos y estudios encaminados a conseguir que algo tan espantoso como una ‘guerra mundial’ no se volviese a producir jamás, ignorantes, claro está, del aluvión de violencia, terror, odio, desolación, miseria y maldad que el siglo XX tenía reservado a los atribulados pobladores del planeta que hubieran sobrevivido a aquello (Till Bastian, 2000). Pronto, algunos, más ‘realistas’ que aquellos otros pioneros a los que tildaron de ‘idealistas’ -en particular, por su inclinación a las ‘políticas de apaciguamiento’, destinadas a templar a los oportunistas dictadores y tiranos que enseguida irrumpieron de entre el ‘populacho’ (Hannah Arendt) y se hicieron fuertes en un escenario mundial devastado por la más radical crisis política, social, económica y cultural que había conocido la humanidad hasta entonces-, advirtieron algunas señales de lo que estaba por venir.

Por esta razón recurrieron al viejo ‘realismo político’, tan antiguo como la propia humanidad, para enfrentarse en unos casos a la violencia con sus mismos medios, o para, en otros, valerse de una racionalidad ‘medios-fines’ superior (Max Weber) que permitiera sobreponerse con éxito a unas circunstancias previsiblemente tan adversas y ‘vencer’ en un mundo en el que la noción de ‘enemigo’ (Carl Schmitt) cobraba un vigor insólito, no sólo entre los encarnizados adversarios políticos e ideológicos que combatían en las calles y en los nuevos frentes, sino en las esferas, hipotéticamente más maduras, de los profesores, los académicos, los intelectuales (Anthony Phelan, Peter Gay, y otros). Y así, la ‘guerra mundial’ se repitió a partir de 1939. Para algunos, simplemente se reanudaba la de 1914-1918 tras un período de ‘armisticio’ de dos décadas... si se excluyen intervenciones armadas de tanta entidad como la guerra civil de España, concebible como una especie de ‘ensayo general’ del terror y la violencia siguientes.

La victoria definitiva de los Aliados –escindidos ideológicamente y asociados por interés estratégico- sobre las potencias del Eje fue acompañada del primer ensayo del arma más mortífera jamás ideada por el hombre: la bomba atómica. El monopolio nuclear estadounidense concluyó en 1949 con el éxito de los ensayos soviéticos en Semipalátinsk. Ello afectaría en su núcleo a cualquier teorización que fuese a realizarse desde entonces sobre las Relaciones Internacionales.

Frente a los postulados epistemo-metodológicos de las disciplinas ‘clásicas’ empleadas hasta ese momento, y a la par que en el resto de las Ciencias Sociales se efectuaba una análoga adaptación disciplinar a los métodos de trabajo e investigación de la psicología y la economía, junto con las aportaciones de la matemática aplicada, diversas ingenierías, biología y etología, etc., los investigadores de las Relaciones Internacionales se integraron, dentro del marco estratégico de la Guerra Fría que dividía al planeta en lo que se rubricó con el tópico de un ‘mundo bipolar’ (Morton A. Kaplan, entre otros), donde alumbraban las primicias de otro tópico como el del ‘Tercer Mundo’ (Albert Sauvy, 1952), en grandes corporaciones, consorcios, centros de investigación, etc., subvencionados en su inmensa mayoría por los gobiernos e instituciones afines, para brindarle a aquel mundo sobrecogido por la incertidumbre el fruto de sus trabajos académicos.

Una clave sería, a partir de ahí, ‘predecir’ con acierto: acontecimientos, decisiones, tendencias, derivas, evoluciones. Del pasado, irrepetible *per se*, no cabía extraer enseñanza alguna. Sólo la ‘ciencia’ en sentido positivo tendría una voz autorizada y objetiva para informar, a su vez, la actuación necesaria frente a la amenazante posibilidad de unas conflagraciones bélicas de efectos inéditos.

Diversas formas de ‘positivismo’ se abrieron paso y se impusieron en las construcciones teóricas de aquellos tiempos, bastantes de ellas un recurso semántico (‘meta-lenguaje’: Roland Barthes, 1967) para revestir de rigurosa ‘formalidad científica’ –esto es, interesada conversión del discurso en inobjetable- a lo que, en no pocos casos, eran formulaciones de tipo instrumental, destinadas a fundamentar y justificar actuaciones políticas, militares, estratégicas, económicas... impregnadas de la ideología respectiva que el ‘bando’ afectado pretendiera imponer en el ‘asunto internacional’ que hubiera que tratar.

Pero, como señala Mario Bunge, ‘matematizar’ puede servir para ‘exactificar’ y ‘formalizar’ el discurso sin que, en sí misma, esta operación sirva en realidad para conferir *per se* un estatuto científico cierto o verdadero a la presunta ‘teoría’ que se intente defender, siendo imprescindible acometer una teorización auténticamente congruente.

Con todo, dentro del grupo de científicos positivistas que en las universidades estadounidenses aplicaron su ciencia a las Relaciones Internacionales existió un sector que, más allá de la aplicación de sus estudios y teorías, descolló por su indiscutible talla intelectual: aparte de Albert Einstein, John von Neumann y su esposa Klara, Anatol Rapoport, Edward Teller, Lewis Fry Richardson, Ludwig von Bertalanffy, etc.

En paralelo con todo aquello, el funcionalismo cobró gran predicamento en las Ciencias Sociales, como señalaron Jürgen Habermas, Theodor W. Adorno y otros en su día. En realidad, se trataba de una tendencia epistemo-metodológica ligada a los planteamientos anteriores, si bien su ‘apariencia’ podía resultar más ‘tranquilizadora’ en tanto en cuanto que, en vez de proyectarse sobre espinosos aspectos estratégicos, defensivos, militares, etc., sus prioritarios objetos de estudio eran la economía, las finanzas, las comunicaciones, la integración... Esto es, lo ‘suave’ (*soft*) frente a lo ‘duro’ (*hard*). El positivismo (‘ingenuo’: Chalmers, *supra*) constituía la norma de procedimiento incuestionada, por lo demás, tendente al cientificismo, al utilitarismo y al empiricismo. El contexto histórico general lo favorecía, en momentos en los que tópicos como el ‘desarrollo’ y el ‘progreso’, elevados a fetiches semánticos de un ‘bienestar universal’ -presumiblemente accesible al conjunto de la humanidad (‘desarrollada’ o ‘subdesarrollada’, según varios eufemismos) siempre que se acomodase a los criterios de un ‘crecimiento’ sin fin, elevado a ‘paradigma’ de la ‘felicidad intramundana’, en paráfrasis de Max Weber-, marcaban la tónica de un planeta cada vez más industrializado y tecnificado, que cifraba sus logros en conseguir una especie de ‘mundo ideal’ –ya bajo parámetros ‘liberales’, ya bajo parámetros ‘socialistas’, ya bajo parámetros ‘no alineados’- en el que millones de seres humanos quedasen ‘integrados’ en lo que, más allá de ideologías, se tenía por un único ‘modelo’ válido: el funcional.

En él, cuanto se apartase de unas 'normas' (reglas) regidas estadísticamente por 'modas' y 'medianas' sería 'atípico', 'disfuncional', 'desviado' (behaviorismo). Cual ameba gigante, el 'sistema' –modelo homeostático: David Easton (1953)- procedería a deglutirlo, digerirlo y desecharlo, arrojándolo después a sus márgenes, donde terminaría 'desapareciendo': irrelevancia estadística.

Aquellas teorizaciones de entre las décadas de 1949-1950 y 1979-1980, auspiciadas por instancias fuertemente condicionadas por intereses gubernamentales y corporativos, fueron escasamente 'teóricas'.

El énfasis en los 'métodos' –fetichismo del método- apenas encubría una palmaria ausencia de 'teoría' en sentido científico (o incluso filosófico) formal, primando lo descriptivo sobre lo definitorio.

Sólo a partir de 1979, un realista como el estadounidense Kenneth N. Waltz se erigió en azote de sus colegas, a los que fustigó a base de intentar aplicar el neo-positivismo lógico y otras sutilezas epistemo-metodológicas del Círculo de Viena a sus trabajos e investigaciones, causando enorme revuelo y controversias sin fin: su labor fue una auténtica ‘demolición’. Cada cual reaccionó como supo y pudo. A este lado del Atlántico, la denominada ‘Escuela Inglesa’ de Relaciones Internacionales, perenne opositora a cualquier inclinación positivista-behaviorista-funcionalista –acertadamente tachada de acrítica a tenor de sus resultados de investigación, dirigidos a aplicarse sin más en la actuación política de instancias gubernamentales, corporativas, empresariales y afines como parte de una ‘política mundial’ vista como simple ‘gestión eficiente’ ejecutada por ‘tecnócratas’ y ‘expertos’, despectivos hacia cuanto significase ‘historia’, ‘cultura’, ‘civilización’ y similares-, emprendió la regeneración’ de una ‘Teoría Internacional’ visiblemente deficitaria en una teorización coherente.

Por su parte, los seguidores del estructuralismo realizaron también una contribución fundamental, a ambos lados del Atlántico. Y es que, más allá de las diatribas ideológicas y estratégicas de la Guerra Fría, el pensamiento filosófico marxiano sirvió además, una vez releído, depurado y reelaborado por cohortes enteras de intelectuales críticos y lúcidos, para examinar las Relaciones Internacionales y teorizar a fondo sobre ellas. Existían unas primeras aportaciones de los clásicos marxistas desde mediados del siglo XIX y principios del siglo XX; su tema principal en política internacional, aunque no el único, fue el ‘imperialismo’, concebido como una consecuencia determinista del capitalismo. A mediados del siglo XX se iniciaron otras perspectivas bastante más afinadas que, desde un radical enfoque crítico centrado en el estudio del poder y la dominación, incorporaron a sus análisis a la totalidad de los regímenes políticos existentes, incluidos los comunistas que ya por entonces mostraban rasgos esclerotizados.

Estos enfoques, emancipados del dogmatismo de los políticos en ejercicio, recurrieron a la psicología y al psicoanálisis (tachados de ‘burgueses’ por el comunismo doctrinario), la semántica, la semiótica, la semiología, la antropología, la sociología, la filosofía, la historia, el estudio de las civilizaciones...

En el terreno filosófico se alzaron dos voces opuestas, sintetizables en Raymond Aron y Jean-Paul Sartre, que, cada uno desde su campo partidario, otorgó mayor prestancia intelectual a unas teorizaciones políticas internacionales que, debido a su resonancia en los medios de comunicación, donde ambos tomaron parte muy activa, comenzaron a movilizar a las opiniones públicas en muy diversos sentidos (Mayo del 68), sin que cupiera reducir sus diatribas –incendiarias a menudo- a meras proclamas doctrinarias.

Desde la década de 1980 en adelante, acentuándose en su final, el funcionalismo evolucionó a neo-funcionalismo; el marxismo, a neo-marxismo; el realismo, a neo-realismo...

En el mundo liberal occidental empezó a propagarse, junto con la noción de ‘neo-funcionalismo’, la de un ‘neo-liberalismo’ asociado al monetarismo de la Escuela de Chicago (Milton Friedman y otros), ligada a su vez al ‘transnacionalismo’ –un medio de sancionar/promover el final de los Estados nacionales modernos en beneficio de una desregulación y una privatización crecientes de todos los órdenes de la existencia- y a la ‘interdependencia’, adjetivada luego de ‘compleja’ (Robert O. Keohane y Joseph S. Nye). Ésta se destinaba a explicar el declive de la ‘hegemonía’ estadounidense –según se había entendido hasta entonces- que precedió a la elección presidencial de Ronald Reagan, un impulsor del orgullo y el prestigio nacional de un país traumatizado -además de por un Caso Watergate (1972) preludiado por la grave crisis del dólar (Nixon Shock: 1971)- por la retirada militar forzada de Vietnam (1975) y otras de sus secuelas durante las presidencias de Gerald Ford y Jimmy Carter.

En el 'Tercer Mundo' (Albert Sauvy, 1952), aún vigente como concepto en la década de 1980, se llevaba hablando de 'dependencia' desde la década de 1950, una modalidad convenientemente actualizada de desarrollar, aplicándola de un modo más elaborado, una parte de los tempranos postulados marxistas, revisados entre otros por el estructuralismo, a estudiar la evolución del mundo de la II Post-Guerra Mundial, marcada por el 'desarrollismo' de tipo 'acumulativo' (no integral). Una pléyade de autores vinculados particularmente a América Latina descolló en este campo por aquel tiempo, expandiendo el influjo de sus teorías a una infinidad de seguidores intelectuales en otras áreas mundiales, tanto occidentales como no occidentales. Su choque frontal se daría, no obstante, con la populosa parte del mundo en que se asistía a un pleno y sorprendente resurgimiento islámico, refractario por principio a cualquier interpretación materialista, atea o no religiosa de la vida humana, la historia o el mundo.

Esto –junto con el imparable ascenso de ciertas potencias emergentes, poseedoras de grandes recursos petrolíferos, tras las dos gravísimas crisis energéticas mundiales (1973, 1979)- cercenó cualquier proyección ulterior del ‘tercermundismo’ y las ‘teorías de la dependencia’ por amplias zonas mundiales que, sin embargo, durante los primeros años de la descolonización (siendo su auge entre 1945-1975), sí se habían entregado a ciertas formas de ‘socialismo’ *sui generis*, fuertemente impregnado de nacionalismo y autoritarismo. Pero... hacia 1980 surgió un nuevo ‘fetiche’ o ‘comodín semántico’: la ‘globalización’ o ‘mundialización’ (a la francesa). Y con ella, otro, no menos tópico: la ‘gobernanza’, en sí, una forma de plantear y proponer que existiría una ‘gobernación sin gobierno’ (*governance without government*), por supuesto, de los asuntos mundiales. Todo ello dejando a un lado –lo más posible- a los anquilosados, molestos y ‘públicos’ viejos Estados, en beneficio de otras formas de ‘regulación’ no tan ‘formal’ –o más privada- de esos mismo asuntos mundiales...

A esa 'gobernanza' se adhirió acríticamente una mayoría de internacionalistas, de cualquier tendencia ideológica... suponiendo que quedase algún resto de semejante veleidad entre tanto pragmático afín a la 'corriente general' (*mainstream*) del 'establecimiento' (*establishment*).

Respecto de la 'globalización', aceptada como nuevo 'dogma-comodín' para referirse a la 'Política Mundial-Relaciones Internacionales', se produjeron algunas y notables polarizaciones ideológicas. Los funcionalistas y neo-funcionalistas, transnacionalistas, neo-liberales, socialistas y socialdemócratas, por así decirlo, 'domesticados', etc., la asumieron sin más, consagrándose a 'estudiarla' con denuedo, produciendo auténticos aluviones de publicaciones destinadas a desentrañar sus 'misterios'.

Desde el realismo y el neo-realismo ‘duros’, partidarios de mantener la preeminencia de unos Estados nacionales que conservasen y ejerciesen en el orden internacional un puesto y unas funciones estructurales y estructurantes, además de funcionales, la globalización fue contestada con relativo vigor, aun siendo aquellos detractores plenamente conscientes de que su postura se oponía a la antedicha ‘corriente general’. El neo-marxismo, evolucionado, depurado, liberado de ‘tics’ doctrinales –‘querellas sobre cosas’, de nuevo- que habían terminado por invalidar teóricamente en la práctica a las ‘teorías de la dependencia’ y afines, aportó, sobre todo a través de la obra monumental de Immanuel Wallerstein acerca del ‘sistema mundial’ – basado su trabajo, en origen, en los estudios de Fernand Braudel sobre la ‘civilización’ en general y la mediterránea en particular- una teorización consistente que históricamente trataba de demostrar que la primera globalización se produjo a raíz del descubrimiento de América (1492), seguido de la primera circunnavegación mundial de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano (1519-1525).

Ello formaba parte de un proceso histórico y civilizatorio, surgido en un Occidente instituido en el 'centro' del sistema y extendido globalmente -'periferias' y 'semi-periferias del sistema'-, lo que comportaba la conjunción estructural (sistémica) de factores políticos (disolución de los Imperios en favor de los Estados), económicos (capitalismo) y culturales (filosofía racional, ciencia, tecnología).

El colapso del bloque comunista (soviético) desde 1989-1991 hizo concebir a algunos que la 'historia' había concluido, iniciándose una época 'sin precedentes' –diagnóstico típico de cuantos se empeñan en ignorar la historia-, lo que requería una 'actualización epistemo-metodológica' acelerada. Y así, el prefijo 'post-' acudiría velozmente a sustituir al 'neo-'. Esa 'actualización' atrajo bastante eclecticismo, confusión, inconsistencia. Pero también sirvió para que muchos teóricos internacionales recuperasen lo más valioso de los 'antiguos' – clásicos y clásicos contemporáneos- y se propusieran trabajar de forma emancipada, ensayando diversas especies de 'investigación pura'.

Paralelamente, la 'modernidad', cuestionada por la inmensidad de 'sujetos' excluidos del 'proceso' –todos cuantos hubieran quedado al margen de los criterios y categorías intrínsecos a una modernidad descalificada, a partir de ahí, como logocéntrica, eurocéntrica, falocéntrica...- debió acompañarse con la 'post-modernidad', un vasto esfuerzo estructural para des-construir los discursos dominantes, impuestos por el poder, la dominación, la autoridad deslegitimada de sus 'detentadores', una tarea que, aun siendo positiva como ejercicio analítico, crítico y reflexivo, derivó en algunos casos en tendencias que Agnes Heller y Feréncz Fehér, entre otros, denunciaron tempranamente como 'fundamentalistas'. Las 'historias' se erigieron en categoría superior a una 'Historia' desautorizada. Los relatos particulares se impusieron sobre los relatos universales, incluido el de la 'ciencia'.

Asomaron racionalidades múltiples; el exceso de significados derivó en insignificancia: ‘todo vale porque nada vale’, sin que la transvaloración de los valores nietzscheana, de impronta nihilista, llegase a representar nada tampoco. Empezaron a primar la ‘memoria’ sobre la ‘historia’, el ‘sentimiento’ sobre la ‘razón’, el ‘cuerpo’ sobre la ‘mente’. ‘Teorizar’ dejó de tener sentido, en cierta forma: ¿acaso no podría representar un ejercicio ‘logocéntrico’ ligado a un discurso dogmático des-construible por principio?

Y, entretanto, advino otro tópico desde otra fecha tópica: 11 de septiembre de 2001. Y de ahí, en adelante, perdura hasta el mismo presente. El terror, ese viejo enemigo de la humanidad, asoma como ‘terrorismo global’, terreno en el que la ‘biopolítica’ (Michel Foucault, 1974) representa quizá la teorización más radical de las Relaciones Internacionales, cuando el ‘cuerpo’ –de las víctimas despedazadas, de los victimarios acribillados, de los millones de fugitivos y desplazados convertidos en desechos humanos deslocalizados- se vuelve incorpóreo en la ‘sociedad-red’, que representa el transnacionalismo elevado a la máxima potencia, cuando la ‘geopolítica’ pierde entidad en favor de la ‘cronopolítica’ de los flujos sin fin (Timothy Luke).

**Casi un siglo de Relaciones Internacionales como objeto de
investigación específica en Ciencias Sociales y Jurídicas.
Un balance y algunas perspectivas**

**Muchas gracias a todos/as por su tiempo, por su
atención, por su interés.**

Queda abierto el debate.



Correo electrónico: pgarcia@poli.uned.es

Página web de la ponente:

[http://portal.uned.es/portal/page?_pageid=93,25661574&_dad=portal
&_schema=PORTAL](http://portal.uned.es/portal/page?_pageid=93,25661574&_dad=portal&_schema=PORTAL)

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA DE LA UNED
VICEDECANATO DE INVESTIGACIÓN Y DOCTORADO
SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN

UNED

Casi un siglo de Relaciones Internacionales como objeto de investigación específica en Ciencias Sociales y Jurídicas.

Un balance y algunas perspectivas
Ponente: Prof. Dra. Paloma García Picazo

Madrid, 22 de noviembre 2017 (10:00-12:00 horas)

Sala de Grados A - Facultad de Derecho-Ciencias Políticas y Sociología

Todos los derechos reservados: para citar legalmente este PPT váyase al enlace
respectivo de CANAL-UNED

Esta presentación está basada en Paloma García Picazo, *Teoría breve de relaciones internacionales ¿Una anatomía del mundo?*, Madrid, Tecnos, 2017, 5ª ed. revisada y ampliada, 408 págs.